

Fue un buen presagio

JAVIER MORENO

*Todas las noches baja al pozo
y a la mañana reaparece
con un nuevo reptil entre los brazos.*
OCTAVIO PAZ, "Dama"

I
Nunca había tenido una tortuga entre mis manos. Estaba ensimismado contemplando su belleza, palpando las hendiduras que había en su caparazón y que formaban figuras semejantes a los mapas y croquis, de esos dibujados por los primeros exploradores de las Américas, cuando don Pascual, el pescador más viejo del caserío caribeño de San Esteban, puso la mano sobre mi hombro y me sacó de mi ensoñación. Me asusté. Me dijo “tranquilo Damián, parece que te hubiera tocado el mismo demonio, no te voy a quitar la tortuga, estoy muy viejo para esos menesteres”. Me miró con cierta sorna y añadió, “encontrarla y tenerla por tanto tiempo en tus manos, sin que ella se moleste, puede ser o un muy buen o un muy mal presagio...”; hizo silencio, miró las nubes encapotadas y añadió: “Damián, eso dependerá de ti”. Quedé paralizado, mi boca se llenó de una baba espesa, se trabó mi mandíbula y solo pude emitir algunos sonidos guturales. Este viejo desdentado, casi calvo, de barba escasa, descalzo y ligeramente encorvado, ya no salía a pescar como los demás; ahora esperaba que los pescadores retornaran, escuchaba sus historias y les ayudaba a recoger y reparar las redes. Un bohío, muy cerca de la playa, era el punto de encuentro. Allí asaban algunas mojarras, tomaban aguardiente y tarareaban algunos cantos vallenatos; comían con lentitud, unos sentados sobre la arena y otros de pie, reclinados sobre los troncos que sostenían el techo, de hojas de palma, que hacía

muy fresco el lugar. Don Pascual los vio llegar, se despidió de mí y yo me quedé pensando en lo que dijo.

Después de seis años de estudiar medicina no me podía considerar supersticioso, así que traté de olvidar sus palabras, aunque sin éxito. Mis profesores me habían entrenado a mí y a mis compañeros para no dejarnos seducir por creencias sobrenaturales de ningún tipo, y aquí sí que abundaban. Estos hombres de mar, de la costa Caribe colombiana, sentían una fascinación especial por las explicaciones metafísicas con las cuales solían interpretar todos los sucesos de sus vidas, desde el amor, la fortuna, pasando por la tristeza, la felicidad, la enfermedad, hasta la muerte. Desde mi primer año de estudio, los profesores de la Escuela de Medicina de la Universidad de Santafé de Bogotá me habían exigido no dar crédito a la superstición, un aspecto que consideraban perjudicial para la formación de cualquier médico. Esta preocupación tenía su origen, según decían en los pasillos, por lo que le sucedió, años atrás, a una graduada de la Escuela, una promesa de la medicina y un orgullo para la institución, que al final resultó ser un verdadero fiasco, según decían todas las versiones. Más que un rumor, se había convertido en una verdadera leyenda, en un secreto a voces que nadie en la universidad se atrevía a mencionar abiertamente, pero que todos se regocijaban en contar, escuchar, debatir o comentar.

Decían que se llamaba Osiris Amador, una mujer menuda y agraciada, con una voz aguda y serena, y un rostro que recordaba los recién venidos al mundo, lo que realzaba esa gracia especial que todos adivinaban, pero cuyo origen nadie acertaba a explicar; les bastaba decir que ella *tenía ángel*. Obtuvo un cargo en uno de los hospitales públicos más prestigiosos de la zona Caribe de Colombia, después de graduarse con honores. Al cabo de cuatro años de trabajo intenso, la Unidad de Enfermedades Tropicales, que ella dirigía, presentaba los mejores resultados en la lucha contra la malaria, la fiebre amarilla y la leishmaniasis, por lo cual Osiris fue distinguida con el premio “Médico/a Joven del Año”, codiciado galardón otorgado por la Sociedad Panamericana de Medicina Tropical. El Ministerio de Salud, sus antiguos profesores y la Escuela de Medicina celebraron este acontecimiento con un despliegue, en periódicos y revistas especializadas, sobre las investigaciones de la médica.

Pero la desgracia suele ocurrir cuando menos se espera; ataca y se ensaña con los más indefensos, los más dotados o con los que mejor hacen su trabajo. La médica

se enfermó; una poderosa fiebre le produjo desvaríos, pesadillas y alucinaciones: pasó unas noches infernales. Quienes la estaban cuidando, nunca podrían llegar a imaginar los sufrimientos que sus pesadillas le estaban ocasionando. Soñó que estaba trabajando, como de costumbre, en su laboratorio, y que de repente comenzaron a llegar mensajes, que su secretaria tomaba, y le dejaba sobre su escritorio. El primero hablaba de cómo su padre había perdido todas sus posesiones y estaba en riesgo de quedarse sin un lugar para vivir. Al día siguiente se enteró de la desgracia de sus sobrinos: habían perecido en un accidente automovilístico. El siguiente recado era del director de la Policía. Le pedía que confesara, que no le diera más vueltas al asunto, que no era tan inusual que una médica asesinara, que no se preocupara, que la esperaba al día siguiente en su despacho, *solo la muerte no tiene solución*, era la posdata que estaba al final de la nota. Fue a su apartamento, se desnudó y vio su cuerpo lleno de úlceras malolientes que cubrían sus muslos y su vientre: se sintió maldita. Fue ese el momento cuando despertó y vio que sus brazos estaban llenos de ampollas que le producían picazón; ampollas que le



parecieron inofensivas al compararlas con las llagas que había experimentado en sus pesadillas. Eso la tranquilizó.

Con el paso de los días, las ampollas comenzaron a aparecer en su rostro, y a secretar un líquido transparente y maloliente que le daban un aspecto grotesco. Las personas evitaban su cercanía, y aunque hicieron grandes esfuerzos por disimularlo, esa teatralización le resultaba aún más dolorosa a la médica. Nunca había percibido el rechazo. Tenía varicela. Se internó en el hospital y después de dos semanas se recuperó. Las erupciones dejaron grandes huellas en sus pómulos bien definidos, que gracias a su piel color canela, se disimulaban bastante bien, aunque ello no evitó que comenzara a sentirse insegura. Sin embargo, su recuperación fue temporal: la varicela se le estaba volviendo crónica, iba y venía con tal frecuencia, que los médicos tratan-tes no encontraban explicación alguna para esa anomalía.

La mañana era gris y las olas iban y venían con modorra. A lo lejos veía planear y zambullirse a algunos alcatraces en busca de pequeños peces para alimentarse, mientras escuchaba las risas de los pescadores en el bohío. Me quité las sandalias, eché la tortuga en mi mochila y dejé que mis pies se hundieran entre la arena, que conservaba aún el calor del día anterior, y caminé por la playa, en dirección opuesta al bohío. No sé la distancia que recorrí; cuando me sentí fatigado, decidí dar media vuelta y retornar. Mis huellas no se habían borrado del todo y cuando las vi pensé en Lucía, mi compañera de juegos infantiles; pensé que esas pisadas eran sus pasos y que yo caminaba en dirección a su tumba. Ella se había ahogado cuando apenas tenía cinco años y nunca encontraron su cuerpo: el océano se la había tragado; desde entonces el mar fue para mí un ser traicionero: mi enemigo personal. Sentí que la tortuga comenzaba a moverse

y me alegré, pero fue una falsa alarma. ¿Estaba viva o yo solo estaba cargando un animal moribundo? Con el recuerdo de Lucía muerta era suficiente, así que decidí ponerla sobre la arena para darle la oportunidad de moverse. No lo hizo. Volví a guardarla en la mochila y aligeré mi paso. Pensé, otra vez, en Osiris Amador.

Cada nuevo episodio de varicela dejaba huellas más profundas en su rostro, adelgazaba sus piernas y su cuerpo parecía volverse más pequeño. Ahora era una mujer más frágil, aunque nunca perdió el *ángel* que tanto la caracterizaba. Sobrellevó su aislamiento gracias a que encontró en la lectura un buen aliado. Una mañana de domingo tomó un libro que le había regalado un amigo el día de su graduación. Aunque nunca había tenido interés ni siquiera por ojearlo, esa mañana algo lo impulsó a hacerlo. Leyó la contraportada y supo que se trataba de las memorias de una antropóloga afamada, de nombre Margaret Mead, que había estudiado y convivido con diferentes tribus: los zulúes en África, los machiguenga en la Amazonia peruana, las tribus nómadas de Mongolia, los aborígenes de las islas de la Polinesia y varios grupos étnicos asentados en la colina de Katmandú, en Nepal; que lo había escrito al final de su vida, y que había pedido que se publicara de manera póstuma, ya que se trataba de una confesión reveladora, en donde lo personal y lo profesional se mezclaban. Osiris leyó la introducción y quedó deslumbrada. Se levantó, se preparó un café cerrero, observó la portada en donde aparecía el rostro de una adolescente de la Polinesia, y devoró los dos primeros capítulos. Al finalizar volvió a releer el primer párrafo, que le había parecido un verdadero ejercicio de franqueza:

Soy antropóloga y octogenaria y sé que la muerte me está oliendo, como la presa que advierte que el cazador ha iniciado su ritual de

persecución y quiere saber si el fruto que será tragado merece su esfuerzo; si está maduro. Y cuando me desnudo sé que lo estoy. Y ante tal inminencia, no me queda otro camino que la franqueza. La fragilidad, física y espiritual, que experimenté en mis trabajos de campo nunca la expuse en mis informes ni en mis libros: aprendí a fingir. Me enfermé tantas veces durante mi trabajo que había decidido abandonar mi profesión de antropóloga para convertirme en historiadora, y hacer en los archivos, en la comodidad de sus salas, lo que no podía hacer en mis viajes. Así dejaría de transitar por esos lugares remotos, inhóspitos y peligrosos, en donde la sensación de aislamiento es, en verdad, intimidante. Pero una experiencia, en lo que sería mi último trabajo de campo, cambió lo que ya era una decisión tomada. Mientras asistía a un ritual de iniciación a la vida adulta entre las tribus nómadas en las estepas de Mongolia, me desmayé. Desperté en una choza que estaba llena de cabezas de antílopes disecados, flechas de bambú y arcos que estaban simétricamente colgados y distribuidos sobre la pared. Estaba desnuda y un grupo de ancianos, hombres y mujeres, cantaban en su lengua nativa. Sentí que esos cantos melancólicos eran sagrados, e intuí que hablaban más de la muerte que de la vida. Yo escasamente tenía fuerzas para hablar con la mujer que me servía de intérprete. Me dijo que solo había una manera de salvarme, que no deberíamos perder tiempo, que lo único que quería saber era si el grupo de ancianos tenía mi consentimiento para hacerlo. Accedí. Más adelante contaré lo que aquellos viejos hicieron en mi cuerpo, aunque debo advertir que si el lector es demasiado sensible debería saltarse esas páginas, pues fue algo verdaderamente escalofriante. Aún hoy siento horror cuando rememoro ese episodio.

Alguien llamó a la puerta, pero Osiris estaba disfrutando tanto la lectura que no quiso abrir. Quien la estaba buscando no se rindió: golpeaba, timbraba, golpeaba y volvía a timbrar. La médica, en una actitud inusual, decidió permanecer en su cama. Pensó que debía ser tan fuerte como la antropóloga, que no abriría, que estaba harta de la repugnancia que su aspecto físico le causaba

a la gente del pueblo. Dejó fluir su malestar y sintió que era posible y lícito vengarse, y se dijo: “Esos hipócritas ahora sí se quieren acercar, ahora sí me necesitan, ¡que sufran! Ahora no sienten asco de estar cerca, como si fuera culpa mía, no quieren mirar ni oler lo que me ha hecho la varicela, como si ellos estuvieran seguros de que nunca les va a suceder”. Después de media hora cesó la insistencia, pero al cabo de una hora volvió el golpeteo y el timbre, y esta vez decía con rabia y casi gritando, como si estuviera conversando con alguien, “¡que sufran los cabrones!”. Se prometió que su día libre lo iba disfrutar al máximo, y repitió la palabra “cabrones”, y la volvió a repetir: “cabrones, cabrones, cabrones”; descubrió que podía insultar, maldecir y ser libre para hacer lo que le diera la gana. Estaba en pijama, caminando descalza en su alcoba y con el libro en la mano; se tiró a la cama, boca arriba, y comenzó a reír; entre una carcajada y otra volvía a decir “cabrones, cabrones, cabrones”: fue una catarsis completa. Al terminar de reír se sintió liberada, llena de vitalidad, tiró el libro por los aires, cerró los ojos, respiró despacio, y sintió una paz celestial.

Al día siguiente retornó al hospital, y supo que una niña de cinco años se había golpeado mientras jugaba con otros niños. Quedó inconsciente y no había quien pudiera atenderla, con excepción de Osiris. Esperó todo el día en el hospital y, cuando el médico residente llegó, ya no había nada que hacer: al caer la tarde la pequeña había dejado de respirar. Cuando ella supo que quien la buscaba con tanta insistencia había sido la madre de la niña, se derrumbó emocionalmente. Fue a su consultorio, cerró con un golpe seco la puerta, cayó de rodillas, se cubrió con las manos su cara y comenzó a llorar. Gemía y se restregaba la cara y todo su cuerpo, caminaba, movía sus brazos con ansiedad, y se tomaba la cabeza y su cabello con desesperación: se sentía al

borde la locura. El sentimiento de culpa la poseyó por completo, y gritaba, en medio de las lágrimas, “maldita, mil veces maldita, ¿por qué me tiene que pasar esto a mí?”.

Al finalizar mi caminata puse la tortuga en dirección al mar, para que retornara a lo que, para ella, era su hogar y para mí la tumba de Lucía. Tenía temor de que en verdad estuviera moribunda. Al principio no se movía, y yo esperaba ver, al menos, un par de huellas sobre la arena quebradiza y húmeda. Me asusté. Mi corazón se aceleró y esos minutos me parecieron eternos. Los últimos bañistas, al pasar junto a nosotros, nos miraban como si estuvieran viendo una rareza: un hombre al final de sus veintes, flaco, pecoso, con su cabello castaño, sus brazos velludos y sus manos grandes junto a una tortuga inmóvil. Estaba a punto de recogerla cuando, de repente, movió sus aletas y su cabeza. Me quedé siguiendo su andar hasta que comenzó a hundirse en esas aguas cálidas. Retrocedí unos pasos y me tiré en la arena, cerré los ojos y tuve un leve adormilamiento, hasta que dejé de sentir los rayos del sol sobre mi rostro. Me levanté y quedé sobrecogido cuando reconocí que la tortuga venía a mi encuentro: ¿no lo podía creer! ¿Qué diablos estaba sucediendo? ¿Por qué se había devuelto?

II

“Doctor Damián: Hay que extirparle la matriz”. Esas fueron las palabras que escuché del jefe de oncología del hospital, mientras me entregaba la historia clínica de la mujer fornida que yacía en la camilla; era una operación de rutina, a la que me había acostumbrado en los últimos tres años. Hubiera sido un procedimiento más si no fuera porque, en el último momento, antes de entrar al quirófano, sentí el impulso de leer, con detenimiento, la información personal de la paciente: mujer de 27 años, soltera y oriunda de San Esteban, el lugar donde yo había cumplido con la obligación de ejercer como médico rural, prerrequisito para obtener mi licencia profesional. Mientras realizaba mi lavado de manos y me miraba al espejo, me perdí en los recuerdos de la playa de San Esteban, de las curaciones que yo hacía en el centro de salud y de las habladurías que, día a día, circulaban por el pueblo. También me estremecí al pensar que estaba contribuyendo a desbaratar la vida de esta mujer. Dejarla estéril equivalía a que su futuro fuera como una fruta podrida: sería desechada. Fue un procedimiento que realicé con desazón y torpeza. No siempre logré que mis ojos siguieran, con la concentración reque-



rida, al escalpelo, pues mi atención se vio alterada por la intromisión de los recuerdos del pueblo, en especial, cuando aparecía la imagen de Lucía, sí, Lucía; así fue como bautizamos don Pascual y yo a la tortuga que no quiso regresar al mar y decidió quedarse a mi lado. Recuerdo, con precisión de notario, aquella noche.

Don Pascual había llegado a mi consultorio, si es que así se le puede llamar a esa casa de madera desvencijada, casi en ruinas, a la que el agua le entraba por todas partes cuando llovía, que servía como centro de salud y también como vivienda para el médico rural de turno. Estaba a un kilómetro del pueblo y de la playa, sobre un montículo que ofrecía una vista excepcional a la bahía y desde el cual las caídas de la tarde eran un verdadero espectáculo, en especial, gracias a esa ilusión óptica de ver cómo el océano se tragaba el sol naranja, cómo se dejaba engullir con una facilidad casi infantil: verdadera lección de aceptación amorosa de la destrucción y de la muerte. Pensé que el anciano tenía alguna dolencia, pero no fue así. Simplemente, como todos en el pueblo, venía a conversar. ¿Y qué más podía hacer yo en este lugar? Además de aplicar unas cuantas vacunas, hacer suturas y lavar algunas heridas, era poco lo que podía hacer. Preparé dos cafés amargos, nos sentamos en el pequeño solar en la parte posterior de la casa y juntos vimos las primeras estrellas de la noche.

Yo siempre prestaba oídos a sus historias, mezclas de ficción y realidad, en las cuales él se describía como un viejo león de mar, como una criatura salvada por los dioses y embrujado por las musas. Escucharlo era un verdadero placer; sus hazañas eran su orgullo: en una ocasión fue el único sobreviviente de un naufragio, en otra los vientos fuertes lo arrastraron a islas desconocidas, y en otras más tuvo que nadar kilómetros hasta alcanzar tierra firme, guiado única-

mente por las estrellas. En todas ellas la lección era la misma: sobrevivió gracias a sus vínculos con el mundo sobrenatural; sin ello, su muerte hubiera sido segura. Solía decirme “Damián, sin los de arriba, yo no le estuviera contando estos cuentos”, mientras sacaba un tabaco y reía mostrándome, sin ningún tipo de vergüenza, los únicos tres dientes que aún conservaba.

“Hoy te toca a ti contarme algo, no sigas huyendo”, me dijo; “ya estoy demasiado viejo y no quiero aburrirte repitiendo lo que ya sabes”, añadió. Yo me quedé pensativo. Era verdad, en varias ocasiones me había pedido que le narrara una historia como las que él contaba, y siempre había logrado evadirlo, pero ahora estaba entre la espada y la pared. Se me ocurrió entonces contarle la leyenda de Osiris, con la convicción de que se aburriría con rapidez, y así se daría cuenta de que no tenía caso pensar que yo contaba con un talento similar al suyo. Llegué al punto en el cual la médica, por estar leyendo el diario de Margaret Mead, no atendió al llamado de la puerta y después se enteró que la estaban buscando para salvar la vida de una niña pequeña. Era tal la convicción de mi fracaso como narrador que interrumpí mi relato en ese punto, me levanté y fui a preparar dos tazas adicionales de café, esperando que él se olvidara del asunto; pero al regresar me sorprendió cuando dijo “Damián ¿qué pasó?, ¿qué sucedió con Osiris?, nunca pensé que algo interesante pasara en la vida de los médicos, parecen tan aburridos”. Entonces, continué.

La vergüenza se convirtió en su sentimiento permanente. No dejaba de culparse por la muerte de la niña, asumía que la vida de ese ser indefenso siempre estuvo en sus manos. No atender el llamado a la puerta había sido la peor decisión de su vida. Por primera vez ella, y los demás, reconocieron que *el ángel* que la caracterizaba la había abandonado. Se convirtió en un ser oscu-

ro, caminaba desgarrada, como si sobre sus hombros cargara con muchos muertos. Se comenzó a refugiar en una capilla que quedaba a las afueras de la ciudad. Allí rezaba por la niña. Después de dos meses de acudir de manera asidua supo que debía hablar con Rosario, la madre de la pequeña, para pedirle perdón. No concebía otra solución para encontrar paz en su alma.

Habló con ella y se enteró de que la niña era hija única, que se llamaba Cristina y que su madre solo logró tenerla después de muchos esfuerzos, pues durante diez años luchó contra la esterilidad, y, aunque nunca se dio por vencida, los médicos sí. Hasta aquí llegó el primer encuentro. La pregunta que a Osiris le quedó rondando fue cómo solucionó los problemas de esterilidad si los ginecólogos habían desistido, así que la médica insistió en un segundo encuentro que se dio en su casa. Mientras Osiris preparaba café, Rosario se quedó en la sala. Observó el libro que estaba sobre el sofá, lo ojeó y encontró una imagen que estaba hacia la mitad del texto: era una mujer vieja, desdentada, arrugada, de piel morena, con dos líneas cortas de pintura color ocre en la mitad de la frente, con un vestido colorido que era atravesado, de lado a lado, por una pañoleta amarilla de gran tamaño. Tenía en sus manos rústicas una gran cantidad de plantas y a su lado algo parecido a un pequeño canasto con raíces de diferentes formas y tamaños. Atrás aparecía un templo que la madre de Cristina no pudo asociar con nada conocido. Osiris arribó con los cafés y Rosario se disculpó por tomar el libro sin su consentimiento, y le dijo que la lectura había sido de una gran ayuda cuando perdió a su marido de una manera absurda: ahogado. La médica, en respuesta, le dijo que esa fotografía correspondía a una médica tradicional nepalí y esto la animó a hablar del diario de Margaret Mead, a tal punto de perder la noción del tiempo:

cuando se dio cuenta, la tarde llegaba a su fin. Para su sorpresa, Rosario estaba fascinada con el relato.

Osiris llevaba mucho tiempo en la oscuridad interior y ese momento de compartir le generó algo de luz. Sabía que no podía perder la oportunidad de conocer la historia completa sobre cómo se embarazó Rosario, así que la invitó para que se quedara a cenar. Mientras comían, Rosario le preguntó a la médica si en verdad ella creía en lo que le había sucedido a esa antropóloga, pues la descripción de lo que aquellos ancianos de las estepas de Mongolia hicieron sobre el cuerpo de esa mujer era aberrante, así fuera para salvarle la vida. Osiris le dijo que al principio no creía, pero que, a medida que avanzaba en la lectura y reflexionaba, se convenció de que fueron hechos reales. En ese momento la médica notó un cambio abrupto en la conducta de la madre de Cristina, era como si su respuesta sobre el contenido del libro hubiera abierto una puerta que, de otra manera, hubiera permanecido cerrada. Rosario le confesó que su embarazo fue un verdadero milagro, pero que eso no lo contaba a los médicos, pues ellos nunca lo podrían comprender. Le describió cómo todos los diagnósticos realizados por los ginecólogos llegaron a la misma conclusión: debía aceptar su esterilidad, no había cura ni tratamiento posible, por lo cual recurrió al santo de su devoción y a la partera del pueblo de su abuelo, una mujer afamada en la región que trabaja con los espíritus y con las plantas; “algunos la consideran más bruja que partera, pero eso no importa, gracias a su trabajo, san Esteban me concedió el milagro”, dijo Rosario. Los médicos tratantes no dieron el menor crédito hasta que las dimensiones de su vientre no dejaron duda.

La médica quedó impactada al enterarse de que en la gestación de Cristina hubo *intervención divina*. No es que fuera un caso igual al de la Virgen María, pero, por las pa-

Se había compenetrado tanto con la vida de Rosario que, por primera vez, sintió que esa sucesión de sonidos podían ser ecos que provenían del mundo sobrenatural.

labras de Rosario, no había duda de que se trataba de un evento similar: fue san Esteban, quien, con intermediación de la partera, sanó su esterilidad. Esa noche la médica no pudo dormir: daba vueltas en la cama y la imagen de la mujer pronunciando esas palabras le produjo escalofríos, y los sonidos habituales de la noche, como el viento haciendo sonar el follaje de los dos árboles de mango que se encontraban en el solar, el traqueteo de los marcos de madera de las ventanas o los ruidos de los gatos dando brincos en los tejados del vecindario, le causaban cierto temor. Se había compenetrado tanto con la vida de Rosario que, por primera vez, sintió que esa sucesión de sonidos podían ser ecos que provenían del mundo sobrenatural. Se aterró de tener tales pensamientos y decidió levantarse, prendió todas las luces de la casa a las tres de la madrugada, se preparó una taza de café amargo y retomó la lectura de las memorias de Margaret Mead. Estaba segura de que, de esta manera, espantaría esa cascada de pensamientos absurdos. Llegó al capítulo en el cual la autora enumeraba una serie de costumbres extrañas relacionadas con la sexualidad, la reproducción y la organización familiar de diferentes tribus. Osiris jamás habría imaginado la increíble flexibilidad y creatividad del género humano en este sentido: sociedades en las que las abuelas iniciaban sexualmente a los jóvenes, otras en las que un grupo de her-

manos se casaban con la misma mujer para evitar la fragmentación de la propiedad sobre la tierra, y ni que decir de aquellas en las que los roles paternos no estaban asociados con la procreación biológica. Pero lo que cautivó más su atención fue el pasaje sobre las costumbres de las mujeres de la Polinesia:

Vi cómo una nativa entraba en la casa de la esposa de su exmarido. Supe, horas después, que fue allí para cuidarla, pues había caído enferma de lo que ellos denominan "fiebres de luna", una dolencia recurrente en la tribu y en esos climas, para la cual cuentan con las plantas y brebajes necesarios para contrarrestarla. Horas después cruzó frente a mi bohío, paso obligado para llegar al suyo. Fui a visitarla y la imagen que encontré me conmovió. La mujer estaba amamantando a los dos hijos de la nueva esposa de su exesposo, y lo hacía como si de una labor sagrada se tratara. ¿De qué estaban hechas esas mujeres que, en lugar de sentir celos, se profesan una ternura y solidaridad de este nivel? Aunque esta información la consigné en uno de mis libros más emblemáticos y ha sido de los pasajes más citados por otros autores, soy consciente de que los términos técnicos utilizados en aquel entonces ni siquiera rozan lo que en realidad sé que aquel hecho significaba. No hay nomenclatura científica que lo alcance. Después de seis décadas de ejercicio profesional, estoy convencida de que un poeta lograría registrar con mayor precisión y hondura ese episodio: solo un poema, que está por escribirse, puede hacer justicia a ese tipo de ternura y fraternidad humana.

Cerró el libro y se quedó pensando y repensando lo que acababa de confesar Margaret Mead. La honestidad de esa antropóloga la motivó para tomar la decisión de realizar cambios en su propia vida; la médica necesitaba de este tipo de autoridad para virar hacia nuevas direcciones, para buscar nuevos vientos, para salir de la oscuridad interior que la estaba consumiendo: para volver a *tener ángel*. Volvieron los ruidos, pero ya no le parecieron intimidantes; comenzó a intuir que pactos como el de las mujeres de la Polinesia eran

una luz para resolver su problema de vergüenza y culpa. Corté mi narración porque ambos, don Pascual y yo, vimos a la tortuga.

“¡Lucía! Se debe llamar Lucía”, fue la frase que pronunció don Pascual cuando la vio salir. Estaba escondida en el pozo de agua, que se forma durante la temporada de lluvias, “Damián, ¿te suena? Lucía, la tortuga”, añadió el viejo. Yo le dije “me parece bien... suena bonito”. Me asombré mucho con su propuesta, pues nadie sabía lo que ese nombre significaba para mí; me pareció, que al ser uno de esos animales de origen prehistórico y símbolo de sabiduría, me ayudaría a recordar a mi compañera de juegos de la infancia. Acepté. Escuchamos el sonido de algunos truenos, él se inclinó, tomó a la tortuga, le acarició la cabecita, y añadió “no es nada arisca la Lucía”, la soltó, me dio la mano y me dijo “Damián, me voy antes de que el aguacero me coja, y tú prepara los baldes porque con esta casa, que es una coladera, nunca se sabe”. Me quedé mirándolo mientras bajaba el montículo, pero ya no vi su caminar tranquilo, sino que vi el caminar de un hombre reflexivo. Me acosté y al despertar encontré que toda la casa estaba anegada por el aguacero, y vi a Lucía disfrutar nadando en medio de los pozos que se habían formado en el consultorio y en la pequeña sala de espera, que era el espacio que yo también utilizaba como sala personal.

III

Solo me di cuenta de que Lucía se había convertido en mi compañera de vida cuando comencé a empacar las pocas cosas que había acumulado, durante mi estadía, para retornar a Santafé de Bogotá; me sentía feliz de finalizar esta etapa obligatoria, de dos años que duré como médico rural de San Esteban, con lo cual podía obtener mi licencia profesional, y así aspirar a una plaza para ejercer como médico profesional e iniciar mi espe-

cialización en cirugía oncológica. Pero al ver cómo la tortuga me miraba, mi entusiasmo se vino abajo: ¿Qué haría con Lucía? Nunca lo había pensado. Sentí el dolor de la separación y mis ojos se aguaron un poco, y justo en ese momento vi a don Pascual reclinado en el dintel de la puerta de mi habitación. No sé cuánto tiempo llevaría allí observando el reguero de ropa y libros que tenía sobre mi cama, y que trataba de meter en las dos maletas con las cuales había arribado al pueblo. Estoy seguro de que no quiso interrumpirme porque notaba mi nostalgia. Cuando advertí su presencia exclamé: “¡No lo había visto! ¿Cuánto tiempo lleva aquí?”, a lo que me respondió: “no mucho, Damián, no te preocupes”. Hizo un silencio y continuó: “ya no tienes que empacar con tanto afán, aún te quedan un par de días entre nosotros”. Aunque no comprendía por qué lo decía, no dudaba de sus palabras. No sabía qué responderle pues estaba preocupado de que hubiera notado mi llanto y mi tristeza. “Hay varios derrumbes en la carretera, todo el tráfico está represado, y según se sabe, en el mejor de los casos, y si el clima ayuda, no habrá paso antes de diez días, así que tienes que quedarte, Damián, a no ser que quieras ir a pie o a lomo de mula; me imagino que no”. Lo miré y mi gesto respondió a su pregunta: dejé lo que estaba empacando, me senté en la orilla de la cama, respiré profundo, vi que tenía en su mano derecha unos limones, fuimos a la cocina, calenté un arroz trasnochado y preparamos una limonada. Mientras comíamos, me preguntó: “¿qué vas hacer con la Lucía?”; le dije: “bueno, no tengo idea, al menos con este problema de la carretera, ya veré qué hago... para serle sincero solo hasta esta mañana me di cuenta de que tenía que hacer algo con ella”. A lo cual me replicó: “a veces la vida nos da tiempo para pensar, como le pasó a Osiris”. Se me ocurrió entonces preguntarle sobre cómo imaginaba que la historia de la médica finalizaría. Nos en-

frascamos en una discusión apasionante que solo fue interrumpida por una anciana que llegó para que le ayudara a curar a su nieto, de tres años, que se había enterrado, mientras jugaba en la playa, un pequeño vidrio en la planta de su pie. Don Pascual me ayudó: me pasaba el alcohol, la gaza, el algodón y el hilo para sutura: le cogí tres puntos al pequeño. La anciana salió, muy agradecida, con el niño cargado y dándole besos en su cachete y en su frente. Nos quedamos viendo a la mujer descendiendo el montículo: era el caminar de una mujer reflexiva.

Retomamos nuestra especulación sobre Osiris hasta que vimos salir las primeras estrellas en el firmamento, y mientras las observábamos yo dije, en voz alta: “cuando se vive en las montañas aprendemos a mirar hacia arriba, hacia las estrellas. Es la forma de superar los límites que nos imponen los cerros”; el viejo bajó su mirada como preparándose para que yo continuara, así que añadí: “para quienes vivimos en Santafé de Bogotá, enclavados en las montañas andinas, estas tierras caribeñas son una oportunidad para ver más allá. Aquí viendo el mar, he podido comprender —o eso creo— lo que le pasó a la médica. ¡Qué gran mujer!”. “¡Qué vaina! Tienes razón, qué gran mujer, parece que nos estamos enamorando de ella”, afirmó don Pascual. Yo suspiré y dije: “parece que sí”. Habíamos encallado, de nuevo, en la leyenda de Osiris.

Pasaron varios días hasta que volvió a estar sola en su casa, y mientras cerraba la ventana de la habitación, desde la cual se veía el campanario de la iglesia principal, recordó la peor pesadilla que había tenido con las primeras fiebres de la varicela, aquella cuando encontraba los mensajes trágicos, dejados por la secretaria, sobre su escritorio. La impresionó, mientras veía el follaje de los dos árboles de mango de su solar, darse cuenta de que allí estaba la explicación de su malestar. Comprendió que

esa pesadilla había sido una premonición, que la frase del director de la Policía, que le decía que no era tan inusual que un médico asesinara, era un juicio que ella misma se estaba haciendo; entendió, por fin, que no hablaba el director de Policía, sino su propio inconsciente, y que este le estaba comunicando que sus sentimientos de vergüenza y de culpa se debían a que ella misma se consideraba una asesina. Había llegado a la raíz del problema. Se tiró al sofá, miraba al techo y al ventilador, que parecía que se iba a desprender, y recuperó algo de su antigua alegría. Tenía que aprender a lidiar con sus prejuicios inconscientes si quería volver a *tener ángel*. Ese día vagó por las calles del pueblo, y no se sintió incómoda mirando a los ojos a las gentes que se le cruzaban, a pesar de las cicatrices que la enfermedad había dejado en su cara. Entró a un pequeño bar en la plaza de San Francisco, ordenó una cerveza fría y no le importó que muchos de sus antiguos pacientes la miraran con extrañeza, pues no era habitual que el personal del hospital frecuentara este tipo de establecimientos. Era una noche fresca. Escuchó un canto vallenato que hablaba de una *diosa coronada*, y eso le recordó a Margaret Mead, así que no dudó en sacar el libro y pedir otra cerveza, esta vez con hielo. Leyó algo que le produjo lágrimas:

Había amado tanto a mi padre que, de niña, nunca hubiera podido ni siquiera imaginar, y menos aceptar, que ese hombre que trabajaba en la Universidad de Pennsylvania, que a veces me llevaba a su oficina, con quien aprendí los rudimentos de la vida intelectual y a quien yo adoraba con devoción religiosa, fuera mi padre únicamente porque así lo había determinado la cultura en la que nací, solo por una triste convención social; que si hubiera nacido en cualquier otra sociedad, así él me hubiera engendrado, poco o nada tuviera que ver conmigo. Al trabajar con las tribus de la Polinesia comprendí esto más a fondo: supe que existen mundos posibles que demuestran la anchura de

la creatividad de la especie humana. Ello hizo trizas creencias que consideraba inalterables. No me atreví a escribir de ello en aquel entonces porque se supone que estaba elaborando un tratado etnográfico y no mis reflexiones personales. Sé que con esta confesión abriré la puerta para que otros puedan cuestionar y poner en duda mis más importantes hallazgos: es inevitable. Escribo este capítulo con la mano más temblorosa que de costumbre, pues no es tarea fácil soltar todo lo que hemos atesorado en este mundo. Me motiva la leyenda de Alejandro Magno. Según dicen, él pidió que, cuando muriera, sus manos estuvieran fuera del ataúd como signo de que llegamos con las manos vacías, y que retornamos a la tierra de la misma forma. No podría quedar tranquila si no confieso que durante mi trabajo en la Polinesia oculté un dato. Fue la única alternativa que encontré en aquel entonces: se trataba de una costumbre que podía ser escandalosa para la sociedad puritana norteamericana: el obsequio y préstamo de niños. Era algo que las nativas realizaban con mucha discreción y que solo descubrí en los últimos días de mi trabajo de campo. Decidí que necesitaba profundizar en esa costumbre, tan incomprensible para nuestro universo moral, antes de darlo a conocer al mundo. En mis viajes posteriores y en la correspondencia que he mantenido, a lo largo de estas décadas, con las mujeres de la Polinesia he comprendido cabalmente lo que significa. Aunque ya el lector tuvo la oportunidad de saber cómo opera el préstamo, circulación y obsequio de niños, con la descripción detallada que realicé en el cuarto capítulo, solo quiero añadir que las tribus, de las diferentes islas que conforman el archipiélago de la Polinesia, no lo hacen por razones mezquinas o comerciales. Al contrario, se trata de una estrategia para apaciguar el dolor de mujeres que no pueden concebir, de familias que no pueden brindar bienestar a bebés y a niños por el fracaso de sus cosechas y por malas temporadas de pesca, o de mujeres y hombres que no cuentan con las fuerzas para garantizar, temporalmente, una buena crianza, debido a la constante aparición de enfermedades como las “fiebres de luna”. Se trata entonces de un sistema solidario para poder subsistir en esta geografía, que aunque cuente con paisajes fascinantes, es insalubre y amenazante.

Miró al cielo y encontró una sola estrella, bajó sus ojos hasta el campanario y notó que allí unas palomas habían hecho su nido. Descendió más su mirada hasta ver la puerta imponente de la iglesia, hecha de madera y repujada con muchas figuras: ángeles, santos, serpientes y vírgenes. Dio un vistazo a su alrededor y advirtió la sombra de algunos amantes que caminaban rápido: buscaban la clandestinidad para amarse. Se sintió relajada, y aunque no estaba ebria vivió lo que un borracho puede experimentar: el fin de sus frustraciones, de su apocamiento y de su cobardía, y el surgimiento de un sentimiento de grandeza, de sentirse dueña del mundo. Había encontrado esa noche el *ábrete sésamo* para resolver su vergüenza y para poder reparar, en algo, a la madre de Cristina. Volvió a escuchar, otra vez, esa canción que hablaba de la *diosa coronada*, cerró el libro, pagó la cuenta y se marchó.

Don Pascual suspiró profundo cuando yo llegué a ese punto de la historia, armó uno de sus tabacos, lo prendió, dio un par de bocanadas y me interpeló con una serie de frases distanciadas por el silencio: “y te vas a largar de este pueblo y no te dio la gana de aprender a fumar tabaco... ..
 ... Los seres humanos somos tercos como mulas... .. Nos tomamos muy en serio la vida... .. Damián, estás actuando como Osiris... ..
 ... Nunca te vas a librar de esta tierra... ..
 Estos cachacos estudiados olvidan que la vida dura poquito y que hay que aprovechar el baile... ..
 Si tuviera tu edad, Damián... ..
 ...” Yo estaba acostumbrado a esta forma de soliloquio del viejo, que era la manera que tenía para anunciar que se marchaba. Nunca le contestaba. Nunca me sentí ofendido por sus afirmaciones sobre los cachacos, así llamaban los del pueblo a quienes veníamos de Santafé de Bogotá. En el fondo eran fra-

ses inofensivas, llenas de cariño que, con el paso del tiempo, aprendí a apreciar.

IV

El viejito resultó ser mañoso. El interés creciente por Lucía, que demostró durante las dos semanas adicionales que necesitaba permanecer debido a los problemas de la carretera y del clima, me fue revelando su intención de quedarse con ella para hacer un rico guisado. Ya lo tenía todo planeado. Por el pueblo corría el rumor de que yo le dejaría a la tortuga como prenda de mi aprecio personal y en recompensa por los primeros días en los cuales me sirvió como guía para conocer el pueblo, presentarme a los nativos y ayudarme a limpiar el precario y desvencijado centro de salud que también fue mi casa por dos años. No sabía si ceder a la presión de los rumores, que daban como un hecho que yo se la regalaría para su guisado o idear alguna estrategia que me permitiera protegerla. Dudé mucho.

V

Fue una operación quirúrgica en la que gasté más tiempo del habitual: estuve desconcentrado pensando en San Esteban. La anestesióloga, el ginecólogo y el equipo de enfermeras e instrumentadoras no escondieron su molestia y preocupación por mi desempeño. No pasaron más de dos días para que mi jefe, el director del área de oncología, me llamara a su oficina. Era un hombre pragmático y había sido mi compañero de estudios en la Escuela de Medicina. Me pidió que me sentara y me dijo: “no voy a exponer a uno de mis mejores médicos a que por fatiga pierda su reputación y un cargo tan bien ganado. Acuérdate del caso de Osiris. Hemos revisado tu expediente y nos hemos dado cuenta de que llevas dos años sin vacaciones. Doctor Damián, no vamos

a seguir aplazándolas y antes de que digas algo te quiero decir que no estoy pidiendo tu opinión, es una orden de la Junta del Hospital: tus vacaciones empiezan a partir de mañana, pero si necesitas el día para organizar tu viaje, solo cumple con la reunión del equipo de cirujanos oncológicos que, si mal no estoy, comienza en quince minutos, y después puedes irte. Otro médico te puede cubrir con tus responsabilidades de la tarde”. Me estrechó la mano, no pude musitar palabra y en unos instantes estaba solo en mi consultorio, con la carta de la Junta en mi mano y sin saber qué hacer.

Mis inesperadas vacaciones, mi última cirugía y la mención de Osiris por parte de mi antiguo compañero de la Escuela de Medicina hicieron más fuerte la evocación de mi época de médico rural, así que decidí planear un viaje a San Esteban. Tenía como excusa visitar a la anciana a quien encargué del cuidado de Lucía. Una temporada en el Caribe no me caería nada mal. Llegué tres días después. El paisaje del pueblo había cambiado: los terratenientes industrializaron sus plantaciones de banano y sus cultivos de arroz, y la mayoría de los nativos dejaron de pescar para convertirse en jornaleros, lo cual tenía muy triste a don Pascual. Él había arribado a la senectud: sus gestos no eran tan vivaces como antes, su caminar era más lento y difícil, entreveraba las distintas historias y, cuando conversaba, se podía quedar dormido, pero seguía siendo sagaz: clavaba sobre la tierra su bastón, como una tercera pierna, mientras permanecía sentado en esas butacas de madera, y así se sostenía en tanto que lo sorprendía un inesperado ataque de sueño. Era un verdadero malabarista.

“Damián, sé que tienes una deuda conmigo, y que por eso has vuelto. Nadie se puede escapar de este viejo pescador, nadie lo puede hacer, ni siquiera tú lo lograste, cachaco estudiado”, me dijo don Pascual. Solo en

ese instante caí en cuenta de que nunca tuvimos una sesión para terminar la historia de Osiris y, aunque yo no recordaba esa deuda, sentí que no tenía ningún derecho de robarle ese gesto de vanidad, de permitir que él confirmara que “nadie se puede escapar de este viejo pescador”. Quizás quería ser recordado no solo como hombre de mar, sino como fabulador, como aquel que siempre concluyó las historias que empezó a narrar, y como aquel a quien nadie pudo desafiar, dejándole en ascuas con un relato a mitad de camino. Así que fuimos hasta el bohío, un lugar que él veía con ojos de nostalgia, pero del cual solo quedaban las ruinas de lo que algún día fue un lugar para departir y narrar gestas de altamar. Nos recostamos sobre los dos únicos postes que aún quedaban en pie. Él estaba atento a escuchar el desenlace de la historia. Apenas tres días atrás, gracias a mi jefe, me había enterado de que el final de la leyenda de Osiris que yo conocía era falso; una ficción que alguien había inventado para ocultar su verdadero desenlace. Solo un puñado de personas conocía cómo, en realidad, terminó la historia, y entre ese puñado ahora estaba yo. ¿Qué final contarle a don Pascual? Decidí contarle el final que, aunque ahora sabía que no era el verdadero, era con el cual yo me había compenetrado, el que tenía en mi cabeza cuando era médico rural, y el que daba sentido a la leyenda tal y como yo la había conocido e interiorizado durante tantos años, y que merecía que don Pascual escuchara. Me tomaría mucho tiempo asimilar lo que mi jefe me había contado apenas tres días atrás.

Antes de mi viaje a San Esteban me reuní con mi jefe en un café del centro histórico de Santafé de Bogotá. Mientras evocábamos nuestra época de estudiantes, llegamos al tema de la leyenda de Osiris, y lo que me dijo me dejó sin aliento: “veo que sigues engañado con la historia de la médica, ¿sabías que muy pocos conocen el verdadero final?”. Este comentario inesperado me dejó frío. Le con-

té que había pasado muchas horas conversando con un anciano de San Esteban sobre la leyenda de la médica y que a él esa historia le había interesado mucho, a lo cual mi jefe replicó: “entonces tomémonos un vino, porque lo que vas a escuchar, solo lo sabemos muy pocas personas de la Escuela de Medicina”, y añadió, en tono de broma, “ahora vas a formar parte del mundo de los elegidos: los que conocen el verdadero desenlace”. Yo lo miraba como si de una confesión se tratara, y de cierta manera así era, pues mis años de estudio estuvieron marcados por ese rechazo a todo lo que pudiera sonar a una explicación sobrenatural de la salud. No podía creer que mi adhesión ciega a la historia de Osiris, en la que nos habíamos formado un sinnúmero de médicos, estuviera alterada.

Fueron casi dos horas de conversación, en la cual yo no paraba de preguntarle por los más mínimos detalles, todo con el fin de saciar mi curiosidad. Mi jefe me dijo que la idea que se le había ocurrido a Osiris para terminar con su sentimiento de vergüenza y de culpa y para reparar, en algo, a la madre de Cristina, había comenzado a rondarle la cabeza, aquella noche, mientras leía a Margaret Mead y se tomaba las cervezas en el bar de la plaza de San Francisco. Hasta aquí no había diferencia con la historia que yo conocía. Ahora venía lo nuevo: cuarenta días después la médica había ideado un plan y tomado una decisión. Citó, un domingo en la tarde, a Rosario. Mientras la esperaba, tomó las memorias de la antropóloga y leyó el epílogo:

He llegado al final de estas páginas, al mismo tiempo que he arribado al final de mi vida, y estoy convencida de que hay conductas humanas, más allá de nuestro estrecho cerco moral, que convendría imitar. Conocer las formas de vida de las tribus de Mongolia, del Amazonas, de África y de Nepal me ha hecho mucho bien, y por ello dejo constancia de mi enorme gratitud a ellas. A mi Polinesia del alma, entrego lo que quise fuera un ver-*



dadereo tributo: estas memorias que, espero, nos libren de los prejuicios que me impidieron revelar esa práctica de ternura femenina hace casi sesenta años. Espero que mi libro pueda ser una contribución real para superar el sentimiento de vergüenza que sintieron las mujeres de la Polinesia, por el juicio que emitían los “blancos” —que invadieron y saquearon sus islas— sobre muchas de sus costumbres, de sus ceremonias y de sus creencias.

La tercera lectura del epílogo logró arrancarle las dudas y el miedo definitivo sobre la propuesta que estaba a punto de hacerle a Rosario. Lo que más la impactaba era la nota de pie de página:

*La frase “he arribado al final de mi vida” debe leerse en su sentido literal. Murió una hora después de terminar el epílogo.
Nota del editor.

Esto la había conmovido profundamente; esa muerte de película era el comienzo de su resurrección, sintió que Margaret Mead había sido una verdadera hada madrina para ella. Ahora cualquier inquietud era cosa del pasado: emergía una mujer decidida e intrépida que no daría pie atrás al mayor desafío de su vida. Decidió que engendraría un hijo para, una vez nacido, entregárselo a Rosario, en compensación por su descuido profesio-

nal, y que ella lo criara como propio, siguiendo así el ejemplo de las tribus de la Polinesia. A la madre de Cristina la propuesta le pareció ultrajante y poco menos que descabellada, pero era tal la determinación de Osiris que este primer rechazo lo consideró como eso, como un primer intento en lo que ya había prefigurado sería un largo proceso, que requeriría de toda su energía y paciencia. Rosario salió tres horas después, con gran enfado, pero la médica estaba segura de que volvería, y así sucedió.

Después de un mes la madre de Cristina volvió a aceptar sus invitaciones, y poco a poco, los domingos por la tarde se convirtieron en una forma de compartir sus soledades, de conocerse más la una a la otra. En esta intimidad emocional cifró Osiris la clave para convencerla de su plan. Al cabo de un año Rosario ya estaba convencida de que la médica, al menos, ya no estaba loca, aunque mantenía ciertos niveles de duda de la propuesta que nunca había desaparecido, pues, aunque no lo hiciera de manera directa, Osiris siempre estaba haciendo alguna alusión al respecto, hasta que repitió su propuesta con tal tranquilidad, autoridad y confianza, que Rosario la aceptó. Estaban ante una solución casi perfecta: solo quedaba un escollo: ¿quién sería el padre? Y, de conseguirlo, ¿habría que incluirlo en el pacto? Por la experiencia que tenían las dos sobre la dificultad de poner-

se de acuerdo, sabían que incluir una tercera persona en el plan era una utopía. Se reían pensando que, cuando consiguieran aquel hombre, ya la médica estaría menopaúsica.

En el corazón de Osiris subsistía una sombra, un profundo pesar porque era consciente de que su estrategia de reparación sería precaria si no contaba con el elemento más importante: que el embarazo, parto y crianza de Cristina estuvieran rodeados por una *intervención divina*. ¿Cómo ella, una mujer que creía en la ciencia médica como su verdadera religión, podría hacer que su posible preñez estuviera marcada por lo *divino*? Lo consideraba imposible, y eso le causaba sufrimiento. Lo único que pudo hacer fue sincerarse con la madre de Cristina, quien para su sorpresa le planteó una alternativa: visitar a la partera que a ella le había ayudado a que el milagro de su embarazo hubiera sido posible. Al escuchar la idea de Rosario, Osiris sintió un gran vértigo que encontró en la pared su mejor aliado para no derrumbarse. No sabía si podía hacer esta concesión, era algo tan inesperado, algo que estaba fuera de cualquier cálculo posible. La sola idea de ir donde aquella bruja le parecía como entrar al mismísimo infierno y perder su estatus, su prestigio logrado después de tantos años de sacrificio: era humillante. La madre de Cristina lo advirtió enseguida, y retiró su propuesta, aunque no pudo disimular su decepción.

La médica sabía que se encontraba entre la espada y la pared, que no tenía escapatoria, que no tenía ningún argumento a su favor, y que su negativa podría echar por la borda el plan; de eso no le cabía la menor duda. Tenía que ceder, así como la madre de Cristina lo había hecho. Era el precio que debía pagar: ponerse en manos de una partera, de una vieja analfabeta, que utilizaba bebedizos y rezos. No le quedó alternativa, y en cuestión de una semana le informó a Rosario que aceptaba su propuesta. Decidió no

La sola idea de ir donde aquella bruja le parecía como entrar al mismísimo infierno y perder su estatus, su prestigio logrado después de tantos años de sacrificio: era humillante.

pensar, no darle más vueltas en su cabeza al asunto, ya que, de hacerlo, se retractaría. Era como tomarse un trago amargo: cuanto más rápido, mejor. La única ventaja de someterse a ese suplicio era que ese “tratamiento” les resolvería el problema del padre. De aquel hombre nunca se supo nada, lo que dio origen a las más descabelladas especulaciones. Ese fue el único secreto que ellas pudieron guardar; en lo que se refiere a lo demás, se convirtió en el rumor más importante de la ciudad, incluso llegó al púlpito de la iglesia y al despacho del alcalde y del gobernador.

Dos años después, cuando Osiris estaba en su octavo mes de embarazo, fue galar donada por la Sociedad Panamericana de Medicina Tropical como la Médica Joven del Año, y, aunque viajó a Santafé de Bogotá para recibir el premio, una carta firmada por la Asociación de Damas Caritativas llegó a las directivas de la Sociedad. Si bien no hacían ningún tipo de amenaza directa, cuestionaban que una persona como Osiris, con una conducta ética tan dudosa, que no tenía escrúpulos para recurrir al mismo demonio con tal de quedar preñada y regalar a su cría, fuera un modelo del ejercicio de la medicina en Colombia. Los directivos de la Escuela de Medicina y de la Sociedad Panamericana de Medicina Tropical debatieron sobre qué hacer, pues sabían que aquellas señoras contaban con el arma más

poderosa para hacer daño a la reputación de las instituciones: el escándalo. Decidieron citar a la médica a fin de tomar la mejor decisión para todas las partes involucradas. Dado que ellos mismos no podían generar suspicacias cambiando a la galardonada o considerando desierto el premio, comunicaron a la prensa que, a petición de la propia Osiris Amador, el premio sería entregado a la Unidad de Enfermedades Tropicales del Hospital Público, pues el resultado de las investigaciones había sido fruto de un trabajo en equipo, y que por tal motivo lo recibiría la directora del hospital.

Dicen que, al año siguiente, Rosario viajó a Cartagena con su nueva hija y que la médica se internó en la Alta Guajira colombiana para colaborar, como voluntaria, con los indígenas de la zona. También dicen que allí conoció a un antropólogo francés, que estaba trabajando con las tribus seminómadas, que se convirtió en su ayudante y esposo, y que había recuperado *su ángel*.

Don Pascual se sacudió la arena de sus pies después de escuchar el final de la leyenda de Osiris. Me hizo un gesto de despedida, tomó su bastón, el cual tenía en la parte superior tallada la figura de una tortuga, y yo me quedé en la playa con Lucía. Ella había duplicado su tamaño y su peso durante mi ausencia. Le acaricié su cabeza, sus aletas y admiré su propensión a la vida solitaria, herencia de sus antepasados que habitaron el planeta hace más de sesenta millones de años. La anciana, que la cuidó durante mi ausencia, me dijo que había mantenido los mismos hábitos que yo conocía: se zambullía durante varias horas en las aguas cálidas y poco profundas del mar, después se desplazaba, escarbando con sus aletas la arena de la playa a medida que avanzaba, hasta llegar a la laguna, cerca de la línea costera; de allí yo la llevaba hasta el centro de salud y la retornaba, al caer la tarde, al océano. Así fue como conocí la legendaria vida de estos rep-

tiles: había aprendido de su andar pausado, de su respiración sin afanes y de su fidelidad a la playa en la que nacían. También reconocí sus colores brillantes: café, amarillo y gris verdoso, que se entrecruzaban en su dorso, formando una serie de manchas parecidas a una pintura abstracta.

A pesar de que llevaba cuatro años sin verla, sentía que era ella el vínculo que me ataba a este lugar. Su crecimiento no me dejaba duda de que era tiempo de dejarla ir, pues necesitaba buscar compañero para aparearse, no podía condenarla a que fuera una tortuga estéril, como la mujer que intervine en mi última cirugía. Así que la tomé, la puse sobre la arena cálida de la playa rumbo a su hogar: el mar. Di la espalda y esperé, esperé y esperé. No sé cuánto tiempo pasó. Tenía miedo de que en verdad se fuera, pero me aterraba aún más la idea de que se devolviera, como aquel día que decidió quedarse conmigo. Esta vez sí decidió partir, y yo también. Me quité las sandalias y caminé por la playa, mojando mis pies con las olas, cada vez que ellas me alcanzaban. Recorrí unos dos kilómetros, paré y retorné. Miré el sol que se lo tragaba el mar, y me sentí liviano, una sensación solo comparable con la que se experimenta en la infancia: libre de pasado, de futuro y de preocupaciones; era como si un eterno presente, tan vasto como el océano, se abriera ante mis ojos. Había cumplido con mi misión de cuidar a Lucía, la tortuga: así como había llegado a mi vida, así también había partido. Era la tarde de los milagros: la travesía por la playa me quitó la llaga con la cuál miraba el mar. Dejé de verlo como la tumba de Lucía, mi compañera de juegos que se había ahogado allí, y lo percibí como un santuario donde muy pocos, como ella, tenían el privilegio de morir. Sí, el viejo Pascual tenía razón: Lucía, la tortuga, fue un buen presagio; todo dependía de mí. ■